

Maurice Maeterlinck

# LA VIDA DE LOS INSECTOS

Abejas, termitas y hormigas



INTERZONA



*M. Maederliuck.*

Maurice Maeterlinck

# LA VIDA DE LOS INSECTOS

Abejas, termitas y hormigas



**INTERZONA**

## INTERZONA

---

Maeterlinck, Maurice

La vida de los insectos / Maurice Maeterlinck -  
1a ed. - Buenos Aires: interZona Editora, 2020.  
432 p.; 21 x 13 cm. (Zona de Traducciones)

ISBN 978-987-790-018-7

1. Literatura Belga. 2. Literatura Europea. 3.

Ensayo Literario. I. Título.

CDD 890

---



**A veces la edición independiente es un resultado colectivo.**

*Agradecemos a los colegas de Taller de Edición Rocca por haber sido parte de este volumen desde que eran tres pequeñas larvas.*

*La vie des abeilles* fue publicado por primera vez en Francia, en 1901.

*La vie des termites* fue publicado por primera vez en Francia, en 1927.

*La vie des fourmis* fue publicado por primera vez en Francia, en 1930.

© Maurice Maeterlinck, 2020

© interZona editora, 2020

Pasaje Rivarola 115

(1015) Buenos Aires, Argentina

[www.interzonaeditora.com](http://www.interzonaeditora.com)

[info@interzonaeditora.com](mailto:info@interzonaeditora.com)

Títulos originales: *La vie des abeilles*, *La vie des fourmis* y *La vie des termites*

Traducción: Juan Bautista Enseñat

Cuidado de edición: Luciano Páez Souza

Corrección: Malén Vazquez

Composición de interiores: Brenda Wainer

Foto de tapa: *Flea*, FFO, 2020

ISBN 978-987-790-018-7

Libro de edición argentina.

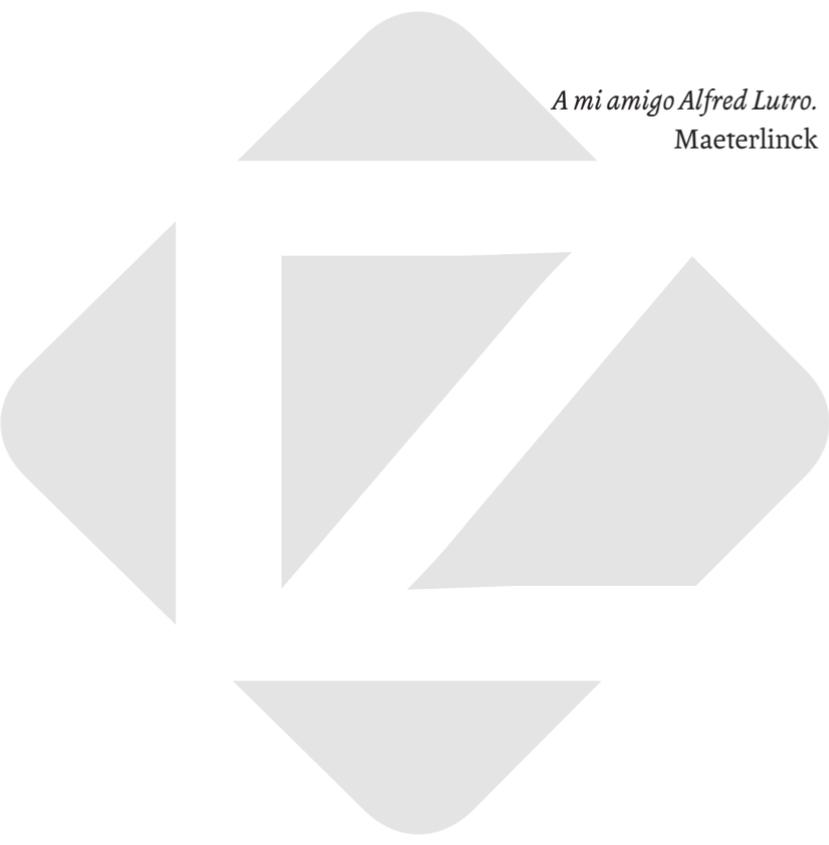
Impreso en China. *Printed in China.*

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor y herederos. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446.



**LA VIDA DE LAS ABEJAS**





*A mi amigo Alfred Lutro.*  
Maeterlinck



## LIBRO PRIMERO

### En el umbral de la colmena

#### I

No tengo la intención de escribir un tratado de apicultura o de cría de abejas. Todos los países civilizados cuentan con excelentes títulos y es inútil rehacerlos. Francia tiene los de Dadant, Georges de Layens y Bonnier, los de Bertrand, Hamet, Weber y Clément, el del abate Collin y otros. Los países de lengua inglesa tienen a Langstroth, Bevan, Cook, Cheshire, Cowan, Root y sus discípulos. Alemania tiene a Dzierżon, von Berlepsch, Pollmann, Vogel y otros muchos.

Tampoco se trata de una monografía científica del *apis mellifica*, *ligustica*, *fasciata*, etcétera, ni de una colección de observaciones o estudios nuevos. No diré casi nada que no conozcan todos los que han observado un poco las abejas. A fin de que este trabajo no resulte tedioso, he reservado para una obra más técnica cierto número de experiencias y observaciones hechas durante mis veinte años de apicultura y que son de un interés demasiado limitado y demasiado especial.

Quiero hablar simplemente de las “blondas avecillas” de Ronsard, como se habla, a los que no lo conocen, de un objeto que se conoce y se ama. No pretendo engalanar la verdad ni sustituir, tal como indica el justo reproche que Réaumur hizo a los que antes que él se habían ocupado de nuestras colmenas, una maravilla real por una maravilla complaciente e imaginaria.

Si hay mucho de maravilloso en la colmena, no es una razón para exagerarlo. Por lo demás, hace mucho tiempo que renuncié a buscar en este mundo una maravilla más interesante y más bella que la verdad, o al menos el esfuerzo que hace el hombre para conocerla.

No nos empeñemos en encontrar la grandeza de la vida en las cosas inciertas. Todas las cosas muy ciertas son muy grandes y hasta ahora no hemos podido conocer cabalmente a ninguna de ellas. No afirmaré, pues, nada que no haya comprobado yo mismo o que no sea tan admitido por los clásicos de la apidología que toda comprobación resulte ociosa.

Mi parte se limitará a representar los hechos de la forma más exacta, aunque un poco más animada, a mezclarlos con algunas reflexiones más extensas y más libres, a agruparlos de una manera algo más armoniosa de lo que puede hacerse en una guía, en un manual práctico o en una monografía científica.

El que haya leído este libro no se hallará en condiciones de dirigir una colmena, pero conocerá casi todo lo que se sabe de cierto, curioso, profundo e íntimo sobre sus habitantes. No es mucho comparado con lo que falta aprender. Omitiré todas las tradiciones erróneas que aún forman en el campo y en muchas obras la fábula de las abejas. Cuando haya duda, desacuerdo, hipótesis, cuando llegue a lo desconocido, lo declararé lealmente. Ya verá cómo nos detenemos a menudo en presencia de lo desconocido. Aparte de los grandes actos sensibles de su policía y su actividad, nada muy preciso se sabe sobre las fabulosas hijas de Aristeo. A medida que se las cultiva, se aprende a ignorar más las profundidades de su vida real, pero es un modo de ignorar mejor que la ignorancia inconsciente y satisfecha que constituye el fondo de nuestra ciencia de la vida, y esto es probablemente todo lo que el hombre puede jactarse de aprender en este mundo.

¿Existe algún trabajo análogo sobre la abeja? Para mí, aunque creo haber leído casi todo lo que se ha escrito sobre ella, no conozco, en este género, sino el capítulo que le reserva Michelet al final de *El insecto* y el ensayo que le consagra Ludwig Büchner, el célebre autor de *Fuerza y materia, Geistes Leben der Thiere*<sup>1</sup>. Michelet apenas desfloró el asunto; Büchner hizo un estudio bastante completo, pero al leer las afirmaciones aventuradas, los rasgos legendarios, las referencias hace tanto desechadas que él cita, sospecho que no salió de su biblioteca para interrogar a sus heroínas y que nunca abrió ninguna colmena tumultuosa e inflamada de alas de los centenares que es necesario violar antes de que nuestro instinto concuerde con su secreto, antes de impregnarnos de la atmósfera, del perfume, del espíritu, del misterio de las vírgenes laboriosas. Eso no huele a miel ni a abeja, y tiene el defecto de muchos de nuestros libros de sabiduría, cuyas conclusiones son con frecuencia preconcebidas y cuyo dispositivo científico está formado de una enorme acumulación de anécdotas inciertas y tomadas de todas partes. Por lo demás, me encontraré raramente con él en mi trabajo, porque nuestros puntos de partida, nuestros puntos de vista y nuestros fines son muy diferentes.

## II

La bibliografía de la abeja –empecemos por los libros a fin de desembarazarnos de ellos lo más pronto posible e ir a la fuente misma de esos libros– es de las más extensas. Desde un principio, ese pequeño ser extraño, que vive en sociedad, bajo leyes complicadas y ejecuta en la sombra trabajos prodigiosos, llamó

1. Podríamos citar, además, la monografía de Kirby y Spence en su *Introduction to Entomology*, pero es casi exclusivamente técnica.

la curiosidad del hombre. Aristóteles, Catón, Varrón, Plinio, Columela, Paladio, se ocuparon de las abejas, sin hablar del filósofo Aristómaco que, al decir de Plinio, las observó durante cincuenta años; ni de Filisco de Thasos, que vivió en sitios desiertos para no ver sino a ellas, y fue apellidado *el Salvaje*. Pero esto es más bien la leyenda de la abeja, y lo que de ella puede obtenerse, es decir, casi nada, se halla resumido en el cuarto canto de las *Geórgicas*, de Virgilio.

Su historia no empieza hasta el siglo xvii con los descubrimientos del gran sabio holandés Swammerdam. Sin embargo, conviene añadir este detalle poco conocido: antes de Swammerdam, un naturalista flamenco, Clutius, había afirmado, entre otras verdades importantes, que la reina es la madre única de todo su pueblo y que posee los atributos de ambos sexos, pero no lo había comprobado. Swammerdam inventó los verdaderos métodos de observación científica, creó el microscopio, imaginó las inyecciones conservadoras, fue el primero que disecó las abejas, precisó definitivamente, con el descubrimiento de los ovarios y del oviducto, el sexo de la reina, que hasta entonces se había tenido por rey, y arrojó de una vez inesperada luz sobre toda la política de la colmena, fundándola sobre la maternidad. En fin, trazó cortes y dibujó láminas tan perfectas que aún hoy sirven para ilustrar más de un tratado de apicultura. Vivía en el bullicioso y turbio Ámsterdam de entonces, echaba de menos “la dulce vida del campo”, y murió a los cuarenta y tres años, extenuado de trabajo. En un estilo piadoso y preciso, en que sencillos y hermosos arranques de una fe que teme vacilar lo convierten todo en gloria del Creador, consignó sus observaciones en su gran obra *Bybel der Nature*, que el doctor Boerhave, un siglo después, hizo traducir del neerlandés al latín con el título de *Biblia naturae* (Leide, 1737).

Vino después Réaumur, quien, fiel a los mismos métodos, hizo una multitud de experiencias y de observaciones curiosas en sus

jardines de Charenton y dedicó a las abejas un volumen entero de sus *Mémoires pour servir à l'histoire des insectes*. Se le puede leer con provecho y sin fastidio. Es claro, directo, sincero y no desprovisto de cierto encanto un poco áspero y un poco seco. Se dedicó sobre todo a destruir muchos errores inveterados, difundió algunos nuevos, aclaró en parte la información de los enjambres, el régimen político de las reinas; encontró, en pocas palabras, varias verdades difíciles, y se puso sobre la pista de muchas otras. Consagró, a ciencia propia, las maravillas de la arquitectura de la colmena y todo lo que de ella dice, nadie lo ha dicho mejor. Se le debe también la idea de las colmenas con cristales que, perfeccionadas después, han puesto al descubierto toda la vida privada de esas ariscas operarias que empiezan su obra a la resplandeciente luz del sol, pero que no la coronan sino en las tinieblas. Para ser completo, debería citar, además, las investigaciones y trabajos, algo posteriores, de Charles Bonnet y de Schirach —que resolvió el enigma del huevo real—; pero me limito a las grandes líneas y llego a François Huber, el maestro y el clásico de la ciencia apícola de hoy.

Huber, nacido en Ginebra en 1750, perdió la vista en su primera juventud. Interesado desde luego por las experiencias de Réaumur, que él quería comprobar, no tardó en apasionarse por aquellas investigaciones y, con ayuda de un asistente inteligente y fiel, François Burnens, consagró su vida entera al estudio de la abeja. En los anales del sufrimiento y de las victorias humanas, nada más conmovedor y lleno de buenos consejos que la historia de esa paciente colaboración en la que un hombre, que no poseía más que una luz inmaterial, guiaba con su espíritu las manos y los ojos de otro hombre, que gozaba de la luz real; en la que aquel que, según se asegura, nunca había visto con sus propios ojos un panal de miel, a través del velo de sus ojos muertos que doblaba para él el otro velo con que la Naturaleza lo envuelve todo, sorprendía los secretos más profundos del genio que formaba

ese panal de miel invisible, como para enseñarnos que no hay estado en que debamos renunciar a la esperanza y a buscar la verdad. No enumeraré lo que la ciencia apícola debe a Huber; más fácil me sería demostrar lo que no le debe. Sus *Nuevas observaciones sobre las abejas*, cuyo primer volumen fue escrito en 1789 en forma de cartas a Charles Bonnet, y cuyo segundo volumen no apareció hasta veinte años después, son el tesoro abundante y seguro de que se sirven los apidólogos. Cierto es que en él se encuentran algunos errores, algunas verdades imperfectas; desde la composición de su libro se ha añadido mucho a la micrografía, a la cultura práctica de las abejas, al manejo de las reinas, etcétera; pero no se ha podido desmentir o hallar errónea una sola de sus observaciones principales, que permanecen intactas en nuestra experiencia actual y en su base.

### III

Después de las revelaciones de Huber siguen algunos años de silencio; pero bien pronto Dzierżon, cura de Carlsmark –en Silesia–, descubre la partenogénesis, es decir, el parto virginal de las reinas, e imagina la primera colmena de panales móviles, gracias a la cual el apicultor podrá, en lo sucesivo, recoger su parte de la cosecha de miel sin matar sus mejores colonias y sin destruir en un instante el trabajo de todo un año. Esa colmena, todavía imperfecta, es magistralmente perfeccionada por Langstroth, que inventó el cuadro móvil propiamente dicho, propagado en América con extraordinario éxito. Root, Quinby, Dadant, Cheshire, Layens, Cowan, Heddon, Howard, etcétera, introducen en ella algunas mejoras preciosas; Mehring, para ahorrar a las abejas la elaboración de la cera y construcción de almacenes que les cuestan mucha miel y lo mejor de su tiempo, concibe la idea de ofrecerles

panales de cera mecánicamente alveolados, que ellas aceptan en seguida y apropian a sus necesidades. Hruschka inventa el *Smelatore*, que, mediante la fuerza centrífuga, permite extraer la miel sin romper los panales, etcétera. En pocos años, la rutina de la apicultura queda rota. La capacidad y la fecundidad de las colmenas se triplica. En todas partes se fundan vastos y productivos colmenares. A partir de este momento tienen fin el inútil exterminio de las colmenas más laboriosas y la odiosa selección al revés que aquel tenía por consecuencia. El hombre se hace verdaderamente amo de las abejas, amo furtivo e ignorado, que todo lo dirige sin dar órdenes y es obedecido sin que le reconozcan. Sustituye a los destinos de las estaciones. Repara las injusticias del año. Reúne las repúblicas enemigas. Iguala las riquezas. Aumenta o restringe los nacimientos. Regula la fecundidad de la reina. La destrona y la reemplaza después de un consentimiento difícil que su habilidad obtiene por fuerza de un pueblo que se azora a la sospecha de una intervención inconcebible. Viola pacíficamente, cuando lo juzga útil, el secreto de las cámaras sagradas y toda la política astuta y previsoras del gineceo real. Quita cinco o seis veces seguidas el fruto de su trabajo a las hermanas del buen convento infatigable, sin lastimarlas, sin desalentarlas y sin empobrecerlas. Proporciona los depósitos y graneros de sus moradas con la cosecha de flores que la primavera esparce, en su desigual apresuramiento, por las laderas de las colinas. Las obliga a reducir el número fastuoso de los amantes que esperan el nacimiento de las princesas. En una palabra, hace lo que quiere y obtiene de ellas lo que desea, con tal que no pida nada contrario a sus virtudes ni a sus leyes porque, a través de la voluntad del inesperado dios que se ha hecho dueño de ellas –demasiado vasto para ser discernido y demasiado ajeno para que lo comprendan–, miran más lejos de lo que mira ese mismo dios y no piensan sino en cumplir, con una abnegación firmísima, el deber misterioso de su raza.

#### IV

Ahora que los libros nos han dicho lo que tenían que decirnos de esencial sobre una historia muy antigua, dejemos la ciencia adquirida por otros para ir a ver con nuestros propios ojos a las abejas. Una hora transcurrida en medio del colmenar nos enseñará cosas quizá menos precisas, pero infinitamente más vivas y fecundas.

Aún recuerdo el primer colmenar que vi y en el que aprendí a querer a las abejas. Era, hace ya muchos años, en un pueblo de esa Flandes zelandesa, tan limpia y tan graciosa, la cual, más que la misma Zelandia, cóncavo espejo de Holanda, ha concentrado la afición a los colores vivos y acaricia con los ojos, como hermosos y graves juguetes, los remates de sus fachadas puntiagudas, sus torres y sus carros pintados, sus armarios y relojes que relucen en el fondo de los corredores, sus pequeños árboles alineados a lo largo de los malecones y de los canales en espera, al parecer, de una ceremonia benéfica y cándida, sus barcas de proas recargadas de adornos, sus puertas y ventanas que semejan flores, sus esclusas irreprochables, sus puentes levadizos minuciosos y versicolores, sus casitas barnizadas como cacharrería armoniosa y brillante, de donde salen mujeres en forma de campanas y llenas de adornos de oro y plata para ir a ordeñar vacas en prados rodeados de cercas blancas, o a tender ropa sobre la alfombra recortada en óvalos o en rombos y meticulosamente verde, de floridos prados.

Una especie de viejo sabio, bastante parecido al anciano de Virgilio, “hombre igual a los reyes, parecido a los dioses, satisfecho y tranquilo como estos últimos”, como hubiera dicho La Fontaine, se había retirado allí, donde la vida parecería más estrecha que en otras partes, si realmente fuera posible estrechar la vida. Había constituido allí su refugio, no hastiado –porque el sabio no conoce los grandes hastíos–, sino un poco cansado de interrogar a los hombres, que responden menos simplemente que



## ÍNDICE

### LA VIDA DE LAS ABEJAS 5

Libro primero: En el umbral de la colmena 9

Libro segundo: El enjambre 21

Libro tercero: La fundación de la colmena 62

Libro cuarto: Las reinas jóvenes 105

Libro quinto: El vuelo nupcial 132

Libro sexto: La matanza de los zánganos 154

Libro séptimo: El progreso de la especie 160

### LA VIDA DE LAS TERMITAS 191

Introducción 193

La termitera 201

La alimentación 217

Los obreros 222

Los soldados 226

La pareja real 239

La enjambrazón 242

Los estragos 252

El poder oculto 257

La moral de la termitera 264

Los destinos 270

El instinto y la inteligencia 283



LA VIDA DE LAS HORMIGAS 295

Introducción 297

Nociones generales 305

El secreto del hormiguero 317

La fundación de la ciudad 325

Los nidos 334

Las guerras 343

Comunicación y orientación 359

Pastorales 373

Las honguistas 378

Hormigas agrícolas 387

Las hilanderas 391

Hormigas-depósito 394

Los parásitos 403

Epílogo 414

¿Disfrutaste el libro que comenzaste a leer?

Podés adquirirlo en [www.interzonaeditora.com](http://www.interzonaeditora.com) y en cientos de librerías.

Gracias por apoyar con tu lectura y recomendaciones este proyecto editorial.

**interZona** es una editorial literaria independiente fundada en Buenos Aires en 2002 que se ha convertido en uno de los espacios de publicación más innovadores y reconocidos de Latinoamérica por la diversidad de autores y de títulos que publica.

En **interZona** verán reunidos a escritores noveles con otros ya consagrados; a los de habla hispana con los de otras lenguas; a los poetas con los ensayistas, los dramaturgos y los novelistas; en suma, a todos aquellos que hacen posible una conversación de voces múltiples, desprejuiciada, vivaz, arriesgada, pero siempre orientada por el estilo y la marca de calidad con la que intentamos perfilar nuestra línea editorial.

# INTERZONA



El devenir de estos singulares insectos, tan pequeños en el espacio y a la vez casi sin límites en el tiempo, es un hermoso espejo: es como ver reflejados los siglos de nuestra historia, por un instante, en la palma de la mano.

Maurice Maeterlinck, ganador del Premio Nobel de Literatura en 1911, experimenta con profundidad ese sentimiento en los tres libros que conforman este volumen: *La vida de las abejas*, *La vida de las termitas* y *La vida de las hormigas*. Lejos de ser un tratado sobre entomología, son un magnífico descubrimiento científico y literario sobre la naturaleza social de estos especiales himenópteros y el mundo vegetal que los rodea.

Estas originales y precisas observaciones conducen a las preguntas fundamentales de la cultura: a través de la evocación de la superunidad de la colmena se vuelven entonces poéticas, filosóficas y políticas al mismo tiempo.

*¿Qué es, a fin de cuentas, lo que importa? ¿Han alcanzado su fin?  
¿Y cuál es ese fin? Si la Tierra, la Naturaleza, el Universo no tienen  
uno que pudiéramos entrever, ¿por qué habrían de tenerlo ellas,  
por qué lo tendríamos nosotros? Nacer, vivir, morir y recomenzar  
hasta que todo desaparezca, ¿no es suficiente?*



[www.interzonaeditora.com](http://www.interzonaeditora.com)

ISBN 978-987-790-018-7



9 789877 900187